

PABLO SARAVIA RAMOS

## Las cooperativas agroecológicas como una alternativa a la producción, distribución y consumo de alimentos

*Cooperativas agroecológicas como Bajo el Asfalto está la Huerta! (BAH!) en Madrid y las andaluzas Hortigas y La Acequia, entre otras, están construyendo alternativas a las formas preponderantes de producir, distribuir y consumir alimentos. Estas experiencias cuestionan las formas productivas al mismo tiempo que las maneras de organización y toma de decisiones políticas. Estos espacios buscan conquistar mayores niveles de autonomía y autogestión, a través del manejo propio de semillas, el fortalecimiento de canales cortos de distribución y la asimilación de las consecuencias (negativas y positivas) en el consumo, provocadas por las formas de producción tradicional que se quieren recuperar. Por último, se genera un contexto favorable para el aprendizaje de formas políticas diferentes y de visiones críticas sobre el medio local y global.*

**E**n un escenario determinado por las desiguales relaciones entre el modelo de desarrollo neoliberal y el mundo agrícola, se dejan ver formas de resistencia a estas lógicas que se constituyen en alternativas al actual modelo de desarrollo. Muchas de ellas –como las experiencias de cooperativa agroecológicas locales como Hortigas en Granada, La Acequia en Córdoba, Crestas y Lechugas en Sevilla, el BAH! madrileño, entre otras– no responden a las lógicas de antaño de los movimientos, sino que más bien se encuentran sumidas en sendos procesos de reflexión interna que buscan nuevas formas de organización y de representación política y cultural. Estas experiencias se construyen identitariamente en la medida que los propios proyectos van aprendiendo de su hacer y de su práctica política cotidiana. Esto no supone tan solo supone un cambio en las nomenclaturas sino que también se trata de un cambio epistemológico fundamental. Los colectivos se crean y recrean a partir de sus propias cotidianidades, donde nada es tan definitivo ni nada es

Pablo Saravia  
Ramos  
es sociólogo

## Panorama

tan confuso, se trata de un transitar en experiencias que se construyen al ritmo de las demandas de las personas.

Por otra parte, la propuesta política de cambio y de perspectiva de futuro es uno de los aspectos que puede ser más diferenciadores del movimiento agroecológico. Con ello se rompe la pretensión histórica y tradicional de cambio promovido por el movimiento obrero y se propone otra donde los plazos y los objetivos cambian radicalmente. Las experiencias examinan otros plazos y las relaciones con otras gentes que generalmente no forman parte del juego político institucional:

Son los valores que movilizamos y recreamos en nuestros proyectos de construcción de alternativas de vida cotidiana y no capitalista los que dotarán de sentido y de contenidos a nuestras iniciativas de denuncia y resistencia.<sup>1</sup>

Estas denuncias cobran sentido mucho más allá que las medidas espectaculares como la acción directa o la visibilización pública a través de una manifestación y mucho más cerca de la construcción de referentes locales y cotidianos.

Uno de los aspectos de debate permanente entre estos movimientos, y que es interesante observar en comparación con los movimientos sociales tradicionales, es la visión que construyen sobre su relación con el medio y el impacto externo de sus prácticas políticas. En principio, estas experiencias no se plantean actuar por medio de estrategias comunicacionales mediáticas que busquen la atención de la sociedad civil, sino que más bien su preocupación fundamental está centrada en los aspectos internos reproductivos del colectivo. Esto, tiene a lo menos un doble efecto, el primero es que sitúa a estas experiencias en un sitio de desconocimiento público en su entorno inmediato como también reduce las posibilidades de impacto en espacios territoriales lejanos. Con ello su relación con el medio externo inmediato está condicionada a las iniciativas locales de visibilización que lleven a cabo como pueden ser nuevas formas de apropiación del espacio público. El segundo efecto es que dicha negación, explícita e implícita a la visibilización pública y mediática, permite una construcción de identidad colectiva a un ritmo determinado por las gentes que lo habitan y no por los intereses políticos de la institucionalidad. En otro sentido, esta mirada hacia lo interno supone adecuar las herramientas y estrategias metodológicas de disciplinas como la sociología que tendrán que hacer un esfuerzo por estar “más presentes” y establecer diálogos epistémicos más profusos con otras disciplinas de estudios sociales.

Relacionado con lo anterior, estas experiencias reproducen dinámicas políticas determinadas por un ritmo más lento y procesual que el que solemos observar en otros movimien-

---

<sup>1</sup> A. Cruz y otros, *Los pies en la tierra. Reflexiones y experiencias hacia un movimiento agroecológico*, Virus Editorial, Barcelona, 2006.

tos sociales. Esta dinámica está en directa relación con el tipo de organización (asamblearia) y la forma de decisión (por consenso) que estos proyectos reproducen. Dichas formas están mucho más asentadas en los complejos y diversos ritmos de los procesos personales, tanto en el posicionamiento sobre un punto específico como en el perfil general que se construye en torno al colectivo. Pero también es cierto que en muchas ocasiones estas formas de tomar decisiones llevan a la huida de muchas personas o a procesos de asimilación complejos y tortuosos, ya que supone desmontar las lógicas de la democracia representativa propias de las sociedades occidentales. Es decir, se trata de la reproducción de nuevas formas de vivir lo político en un espacio donde el sujeto no pasa desapercibido, sino que más bien es el motor de las discontinuidades propias de la experiencia.

---

Estas experiencias no se plantean actuar por medio de estrategias comunicacionales mediáticas que busquen la atención de la sociedad civil, sino que más bien su preocupación fundamental está centrada en los aspectos internos reproductivos del colectivo

---

Otro de los puntos de encuentro que podríamos identificar en estas experiencias agroecológicas viene dado por la relevancia que tiene el espacio local, desde el cual se cuestiona la relación de subordinación que existe entre campo-ciudad y los modelos sociales de manejo de los ecosistemas. Es por ello que se visibiliza un rechazo al modelo industrial desarrollista, en particular, y a la globalización capitalista, en general. Al mismo tiempo, y como advertíamos más arriba, estas experiencias también construyen una crítica al manejo científico-industrial de los recursos naturales y sociales.<sup>2</sup>

Todo lo anterior se reproduce bajo el alero de un concepto en formación como es el de agroecología. Esta se entiende como una herramienta de acción y reflexión que cuestiona el paradigma de desarrollo rural modernizador y que advierte sobre sus consecuencias y la necesidad de construir alternativas tanto en el medio productivo del campo como en las lógicas urbanas de consumo. En este contexto, la agroecología no puede pensarse exclusivamente desde la producción, ya que necesita una red de consumidores/as organizados/as que hagan posible su supervivencia. Es por eso que se habla de una relación de apoyo mutuo basado en la equidad del intercambio en lo que unos dan y lo que otros reciben. Ahora bien, se debe puntualizar que dicha relación de intercambio no es del todo equilibrada en relación a la gestión interna de las responsabilidades dentro de las experiencias. Los responsables o coordinadores de la producción tienen una posición que no puede ser sustituida de forma inmediata, mientras que los consumidores, en general, mantienen una vin-

---

<sup>2</sup> *Ibidem.*

## Panorama

culación más frágil y volátil con el proyecto. Esto tiene que ver fundamentalmente con la posición que ocupa cada uno de estos grupos dentro del ciclo productivo, como también con las dinámicas, urbanas y rurales, donde cada uno está inmerso.

Este hecho sitúa el debate agroecológico un poco más lejos de lo técnico agrícola y un poco más cerca de las realidades urbanas cotidianas de consumo. De cualquier forma es deseable que ambas dinámicas no queden segregadas, ya que esto puede reducir los diálogos campo-ciudad o producción-consumo y minar la construcción de confianza en estas relaciones. Estas relaciones que se subvierten están en directa relación con las formas que tenemos de habitar el territorio y cómo establecemos relaciones con las personas que lo conforman. En el caso del campo se procura una recuperación de antiguas prácticas agrícolas por entender que son legítimas y eficientes en la producción de alimentos en el territorio específico donde están asentadas, pero también persiguen construir lazos de relación entre dos mundos que cada vez están más separados. Esto nos lleva al terreno de lo político y a la reflexión sobre la construcción de alternativas que busquen nuevas formas de relación entre el medio y las personas y entre las prácticas organizativas y las lógicas de participación.

Por otra parte, la construcción de puentes y redes entre experiencias tan diversas en teoría está siendo uno de los desafíos y objetivos del movimiento. Algunas de las redes sociales creadas desde estas experiencias se han ido estructurando en base a la generación de capital social a partir de lazos de amistad y de confianza mutua. En este sentido no son estructuras sociales jerárquicas, sino que más bien responden a una horizontalidad que permite construir un proyecto económico, social y político común, pero que también tiene en cuenta la autonomía individual para moverse en él. La necesidad de construcción de redes es un camino que algunas de estas experiencias está tomando con cautela, ya que en muchas ocasiones los desafíos y el trabajo interno no permiten visibilizar esta necesidad o simplemente no hay fuerzas para afrontarla.

## La tríada producción, distribución y consumo para la construcción de alternativas

El objetivo de obtener cada vez mayores niveles de soberanía/autonomía alimentaria supone fortalecer un modelo de producción, distribución y consumo alternativo y local a las lógicas mundializadas de comercialización de los alimentos. Esto implica avanzar en consolidar formas de gestión conjunta donde participen todas las personas en todos los eslabones de la cadena. Con ello las/os productoras/es no solo serían responsables del trabajo del campo sino que también lo son de la distribución y del consumo, pero a su vez el y las consumidoras no solo se benefician de los alimentos, sino que también son responsables de la propia producción.

Sostener en el tiempo este modelo supone entender los eslabones de la cadena como partes de un todo que están en directa relación unas con otras y sobre los cuales todas las personas que participan del colectivo tienen la responsabilidad de lograr su buen funcionamiento. Es por ello que cuando la producción está en alza (como suele ocurrir en la temporada de cultivo de verano) se reparten todos sus beneficios, de igual forma que cuando la producción no anda bien (que ocurre más frecuentemente en la temporada de invierno), se “reparte” igualitariamente esta ausencia de alimentos entre todos/as. Esto supone, entre otras cosas, que las cooperativas agroecológicas referidas no entienden la acumulación como un mecanismo más de sus economías. Todo lo que se produce, sea esto en abundancia o no, se reparte en partes iguales entre los grupos de consumo que forman parte de la cooperativa.

---

**Las cooperativas agroecológicas no entienden  
la acumulación como un mecanismo más de sus economías.  
Todo lo que se produce se reparte en partes iguales**

---

Otras de las particularidades tienen que ver con cómo se asumen ciertos mecanismos típicos del modelo capitalista. Estas alternativas agroecológicas no persiguen la tenencia de excedentes, como hemos dicho anteriormente, ya que toda la producción se reparte entre las personas que participan del proyecto. Por otra parte, en toda esta estructura el concepto de rentabilidad desaparece. La actividad económica asociada al proyecto no persigue ser rentable. La mayor parte de los recursos que se movilizan no son dinero, sino redes sociales.

Entender la producción en estos parámetros obliga a pensar en una nueva forma de ver el trabajo que realizan las personas que están permanentemente dedicadas a esta labor. Con ello hay una crítica implícita a las formas de trabajo precarias que ha impulsado el sistema neoliberal en las últimas décadas. Las alternativas agroecológicas, a las cuales hemos hecho mención, entienden que el trabajo del grupo que coordina la producción no está destinado a la generación de valor, sino que por el contrario son las propias personas dueñas del producto de su trabajo. Además, las formas y dinámicas que adquiere el trabajo son decididas colectivamente. Por lo tanto, en su definición y constitución está presente el logro de un objetivo común más que la satisfacción de una necesidad individual de obtener un beneficio económico.

Las dinámicas que se extraen de los procesos productivos son igualmente diferentes a las que propone la sociedad de consumo actualmente. En estos casos es de vital importancia la utilización del conocimiento local en la producción de una forma no dogmática, sino adaptándolo a las condiciones y necesidades que estén definidas por el proyecto. Esta

## Panorama

generación de vínculos entre las antiguas formas de producción y las necesidades de los proyectos políticos es particularmente compleja ya que existe una erosión muy fuerte del conocimiento local, con lo cual su rescate muchas veces es un trabajo más arqueológico que puramente agrícola. Pero estos efectos no se reducen tan solo al ámbito productivo, sino que también se desarrollan intercambios sociales que están mediados por el conocimiento progresivo de las dinámicas culturales propias del territorio específico donde se desarrolla el proyecto. De esta forma, una pequeña porción de la ciudad se traslada al campo por un tiempo transitorio y corto; en él, el campo y las gentes que lo habitan más cotidianamente “abrigan” estas micro realidades urbanas y tejen redes muy lentamente.

Por otra parte, el tema de la distribución de los alimentos ha sido uno de los focos donde el sistema neoliberal ha intervenido de forma más brutal. El modelo vigente trasmite la idea de que garantizan la disponibilidad inmediata de una serie de productos, que puestos en sus estanterías, constituyen un paisaje aparente de diversidad y oferta inconmensurable para las personas. Sin embargo, detrás de esta falsa composición de multiplicidad se esconde la real pérdida de diversidad en la dieta occidental. Según la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) el 95% de la alimentación humana proviene de 19 cultivos y 8 especies de animales. El espejismo de la variedad se consigue añadiendo aditivos a la comida industrializada.<sup>3</sup>

Complementariamente a este proceso de falta de biodiversidad se da otro muy relacionado con dicha pérdida que es la concentración en pocas manos de los canales de distribución de alimentos. En el Estado español y según el informe Expo Retail 2006, cinco grandes empresas<sup>4</sup> y dos centrales<sup>5</sup> controlan el 75% de la distribución de alimentos en el Estado español.<sup>6</sup> Con ello se amenaza la supervivencia del comercio pequeño y local y se generan lazos de dependencia muy peligrosos para la sociedad en su conjunto.

Este sistema moderno de distribución de alimentos tiene impactos ambientales relacionados directamente con los costes de energía fósil que supone tener las estanterías de los supermercados con productos de todo el mundo. Este tipo de distribución y formas de consumo están vinculados con fenómenos como la crisis petrolera y sus impactos macroeconómicos. Relacionar ambas cosas (petróleo y alimentación) es uno de los primeros antecedentes que tenemos que tener en cuenta cuando analizamos el actual modelo de distribución y consumo de alimentos.<sup>7</sup>

<sup>3</sup> X. Montagut y E. Vivas (coords.), *Supermercados, no gracias. Grandes cadenas de distribución: impactos y alternativas*, Icaria, Barcelona, 2007.

<sup>4</sup> Se trata de Carrefour (que incluye Día y Champion), Mercadona, Eroski, Alcampo y el Corte Inglés (que incluye Opencor).

<sup>5</sup> Euromadi e IFA.

<sup>6</sup> Periódico *Diagonal* n°112, 2009.

<sup>7</sup> X. Montagut y E. Vivas, *op. cit.*, 2007.

Pero no tan solo se trata de impactos puramente ambientales, sino que también los hay de tipo social. Las personas que intentan vivir del campo tienen que superar los retos económicos que supone la producción intensiva y la comercialización desigual. Pero además, los y las trabajadoras que viven directamente de este modelo de negocio no cuentan con garantías y seguridades laborales mínimas.

En este marco es de vital importancia generar formas que permitan acortar las distancias entre quienes producen y quienes distribuyen y consumen, siendo fundamental eliminar, al máximo posible, la figura del intermediario. En este proceso es trascendental generar espacios sociales unitarios donde tanto productoras como consumidores gestionen en conjunto la elaboración de alimentos.<sup>8</sup> Al mismo tiempo, es muy importante consolidar las dinámicas internas de los colectivos que potencien la corresponsabilidad de las personas en todo el proceso productivo. Este objetivo (la corresponsabilidad) no se persigue tan solo por el deseo de perfeccionar los mecanismos organizacionales de los movimientos sociales que nos sirven de referencia, sino que resulta crucial al momento de plantearse, por ejemplo, el debate de la soberanía alimentaria o el de la autogestión de la alimentación. Es decir, se trata de potenciar al máximo los circuitos cortos de producción y consumo.

Por último, en las dinámicas de distribución de alimentos en algunas de estas experiencias se opera con el principio, no siempre explícito, de la apropiación del espacio público. Esto se visibiliza, por ejemplo, a través de un “tomar” las calles de la ciudad para poder repartir la producción, organizar una fiesta o llevar a cabo una asamblea. Esto ayuda a generar vínculos, aunque frágiles aún, con el resto de la ciudad y las personas que la habitan, así como también es una forma de visibilizar, todas las semanas, los resultados concretos de una experiencia política de este tipo.

Es decir, las experiencias referidas proponen un modelo de distribución que busque acercar lo máximo posible la producción y el consumo, eliminando la figura del intermediario y los grandes desplazamientos de los alimentos. Pero también intentan recuperar el espacio público en desmedro de los luminosos pasillos de las grandes superficies. De esta forma, distribuir alimentos pasa a ser una actividad visible y que está controlada por los propios sujetos que los consumen.

Por último, al analizar el tema del consumo de alimentos lo primero que hay que advertir es que los hábitos cambiaron radicalmente en las ciudades y se volcaron hacia un consumo rápido, económico, uniforme, cómodo y donde el sabor se hipoteca y pierde peso al momento de decidir qué comer. Estos fueron los valores que la ciudadanía moderna comen-

---

<sup>8</sup> D. López y J. López, *Con la comida no se juega. Alternativas autogestionarias a la globalización capitalista desde la agroecología y el consumo*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2003.

## Panorama

zó a asignarle a la producción de alimentos a gran escala, proceso que finalmente permitiría su masificación. Pero también fue la estrategia de la industria que pretende sustituir por completo las formas tradicionales de comer y de preparación de alimentos por una más inmediata y desechable vendida a través de agresivas campañas de publicidad.<sup>9</sup>

---

### La gestión de la tríada –producción, distribución y consumo– busca ser una responsabilidad colectiva donde las personas asuman tanto los beneficios como las pérdidas

---

Este cambio en la alimentación es radical y afecta no solo a un tipo de comida sino a cualquier tipo de alimento. Según Michael Pollan gran parte de los alimentos de última generación incorporan base de maíz y de soja. El primero de ellos proporciona hidratos de carbono (azúcares y almidón) y el segundo, proteínas; mientras que la grasa se puede extraer de cualquiera de las dos plantas. Por lo tanto, solamente a partir de estas dos plantas (sumado a unos cuantos aditivos sintéticos) un científico de la alimentación puede elaborar casi cualquier alimento procesado.<sup>10</sup> De ahí el convencimiento de que la alimentación está cambiando radicalmente.

En general, quienes consumen suscriben recorridos según los cuales se posicionan más cerca o más lejos del sistema agroalimentario actual. Hay quienes se mueven entre la integración según las pautas que dicta el gran mercado; la adaptación, por no tener otras referencias, o en muchos casos por cuestiones económicas; o las experiencias que remiten resistencias o expresiones alternativas que pueden ser individuales o colectivas.<sup>11</sup> El caso de las cooperativas agroecológicas lo podemos inscribir en este último recorrido. Estas intentan en sus prácticas políticas, aunque no siempre con éxito, reproducir la idea de que «comiendo también se lucha». Esto indudablemente supone ampliar el escenario de la protesta a un espacio cotidiano y cultural fuertemente influido por las prácticas de consumo urbano.

Las experiencias referidas trabajan en la generación de nuevas dinámicas que revierten esta relación unidireccional del actual modelo por otra donde se potencien elementos como la diversidad, la dimensión local, la proximidad y las relaciones de confianza. Es por ello que estas nuevas dinámicas de consumo buscan la mayor variedad de verduras y frutas de temporada en los territorios donde estos alimentos se cultiven. Estos territorios a su vez tienen

---

<sup>9</sup> P. Roberts, *El hambre que viene. La crisis alimentaria y sus consecuencias*, Ediciones B, Barcelona, 2009.

<sup>10</sup> L. de Sebastián, *Un planeta de gordos y hambrientos. La industria alimentaria al desnudo*, Ariel, Barcelona, 2009.

<sup>11</sup> Á. Calle, M. Soler e I. Vara, «La desafección al sistema agroalimentario: ciudadanía y redes sociales», I Congreso Español de Sociología de la Alimentación, Gijón 28 y 29 de mayo de 2009.

que responder al criterio de proximidad, pero no tan solo entendida como algo territorial sino también relacional. Es decir, se privilegian los proyectos con los cuales se tiene una relación de confianza y afinidad. Esto es muy interesante porque agrega a la lógica de consumo de corto alcance una que tiene que ver con las capacidades que tienen los proyectos para establecer redes y lazos de confianza con otros independientemente de su proximidad territorial. De esta forma el consumidor busca una relación directa con el productor eliminando al máximo la figura del intermediario.

Se busca que la relación entre la producción y el consumo cambie hacia una donde la responsabilidad es compartida por ambos eslabones de la cadena. Así, tanto las personas encargadas de la producción como los y las consumidoras forman parte de un proceso unitario y no participan como defensores de intereses contrapuestos. Se busca con ello que las personas que forman parte de los colectivos asuman que tienen igual importancia tanto sus responsabilidades como consumidores (como por ejemplo, el pagar una cuota para financiar el proyecto) como sus responsabilidades asociadas a la producción (como, por ejemplo, cumplir con su turno de trabajo).

Se articula con ello un objetivo colectivo de largo alcance que permite ir recreando dinámicas de relación más colaborativas y donde las responsabilidades no estén jerarquizadas según la posición de los actores en la cadena de producción, distribución y consumo de alimentos.

## Conclusiones

En los movimientos descritos la gestión de la tríada –producción, distribución y consumo– busca ser una responsabilidad colectiva donde las personas asuman tanto los beneficios como las pérdidas que pudiesen derivarse de la gestión de la producción, la distribución y el consumo de alimentos. Esto significa que intentan minimizar las consecuencias que conlleva la defensa de intereses individuales al poner por encima de ella principios como el de corresponsabilidad y solidaridad en los procesos. Además, en este marco de gestión conjunta las personas tienen más certezas respecto de lo que consumen, al mismo tiempo que permite generar lazos de identidad y de apropiación con el proyecto.

Las delimitaciones políticas de los colectivos están en permanente debate y reflexión y se adecuan a las condiciones del ámbito local y a las personas más que a los intereses de grupos específicos. De esta forma, el escenario de lo político se instala fuera del ámbito institucional, no por la incapacidad de los movimientos de no poder participar de estas lógicas, sino que más bien es una opción que define sus ámbitos de lucha y parte de su identidad colectiva. En relación con esto, los diferentes recorridos historiográficos de estas experien-

## Panorama

cias, como sus desarrollos en términos más cotidianos, hablan de una desvinculación relativa de sus prácticas respecto de la sociedad civil en su conjunto. Quedan aparentemente invisibilizadas de estas experiencias la “gente de a pie”, no por ser una opción elitista o secretaria de los movimientos, sino que más bien se debe al enorme esfuerzo político que se necesitaría para amplificar este modelo. Esto habla a su vez de la condición embrionaria que tienen estas experiencias, como también de sus opciones políticas de construir alternativas donde las personas tengan espacios de participación real y no estén limitadas a lógicas representativas.

Para estas experiencias el concepto de lo definitivo desaparece y se contrapone el de transitoriedad. Los recorridos de estos proyectos están determinados por una serie de discontinuidades que se reproducen tanto al ritmo de sus dinámicas internas como de las particularidades de los territorios locales donde están instalados.

Algunos retos de futuro de estas experiencias son el crear redes de apoyo conjunto y estrechar vínculos con los y las consumidoras que forman parte del proyecto. Es decir, se trata de un doble esfuerzo de amplificación, uno externo dirigido hacia experiencias cercanas y con las cuales se pueden construir relaciones de confianza; y otro interno, que consolide los lazos de cooperación mutua con los/as consumidores/as urbanos/as. Se trata de acortar la distancia entre el campo (zona de producción) y la ciudad (zona de consumo). Por otra parte, existe el desafío permanente de construir mecanismos organizativos y de toma de decisiones que busquen potenciar la horizontalidad política en las dinámicas internas de representación. Por último, está presente el desafío de avanzar hacia la corresponsabilidad en la producción, distribución y consumo de los alimentos, como también en todos los procesos reproductivos del colectivo.

Es interesante ver esta relación como una estrategia que sirve para interpretar la sociedad actual: la generación de la comida basura tiene que ver con la generalización del trabajo basura (precario) y de la “vida basura” en términos de su calidad. Es decir, la sociedad neoliberal genera un contexto de precariedad en todos los ámbitos de la vida de las personas, incluido el alimenticio.